





118

te-tar a esa pregunta, pero ahora no responde, contestación.

Un profundo suspiro de misterio Sidney llegó a oídos de Margarita, que la oyó al mismo tiempo por decir por lo bajo:

—Gracias, querida!

Mientras su marido se alejaba con las manos en los bolsillos y volviendo la espalda, la ventanilla abierta, oyó a Margarita:

—Y si no puedo chancarme sobre ese punto, dijó Margarita apoyando su cabeza sobre las rodillas de misterio Sidney, que no pude saber porque? Oh! Horas! Tú lo sabes yo! Es muy natural porque tener una pena y no decidir es una cosa muy penosa, muy triste y muy amarga.

—Triste, pero no amarga, para el corazón de algunas personas. No lo es para el suyo, ni tampoco para el suyo, ni en algunas cosas; tiene demasiado con tanto ardor, que fuese dichoso!

—No lo habéis deseado más que yo!

Misterio Sidney abrazó a Margarita, que se acercó a su oído y le dijo por lo bajo:

—Sería diez veces si yo me cause con él?

Y sonrió a su mejilla, encogiéndose sobre el hombro de su hermana, que se le asombró y quedó sin respiración.

—Oh! Margarita, hija mía! Mi querida hija! Que te he dicho! Quiebrecho, Walter dirá que te habré dejado. Oh! No te digo más.

Margarita, plañiendo lágrimas y sonriendo de un modo encantador, despidió a su hermano:

—Mamá, adiós, mamá y soy de un momento a otro, que pediremos hacer por su felicidad si no nos hablamos de ella!

—Si, hija mía... pero eso no puede ser...

—115—

—Heron Castle. Walter la encontró, le ofreció el brazo y volvió con ella hacia el castillo.

—Sois muy amable, Margarita, le dije; precisamente iba a Grantley. ¿En dónde está Ginevra?

—La he dejado al norte de la colina. Iba a la cilla de Heron, según su costumbre.

—Atravesaron el jardín y se acercaron a una ventanilla abierta, al otro lado de la cual estaba sentada misterio Sidney. Su semblante pálido y delgado se hallaba en aquel momento iluminado por el sol que descendía al horizonte y el efecto de luz que producía sobre sus manos blancas, sobre la Biblia que leía y sobre el vaso de flores que estaba a su lado. Le daba el aspecto de un cuadro de Rembrandt.

—Cuan hermosa está vuestra madre en este momento! dijó Margarita a Walter.

—Si: hermosa con la belleza propia de la amabilidad, que manifiesta la tranquilidad en esta vida y la esperanza para después.

Querida misterio Sidney, dijó con dulzura Margarita, acercándose y sentándose sobre el banco blanco que había al lado de la ventanilla.

—Me alegro de veros otra vez en vuestra antiguo asiento. Perto supongo que no habréis venido de noche, las buenas noches.

—No, sino para pasar en vuestra compañía el domingo.

—Como lo habeis hecho por espacio de diez y siete años. Pero ahora nos vais a abandonar.

—Solo por algunos meses, contestó Margarita con aire de distracción y mirando a Walter.

Este se sonrió, pero solo mientras la joven lo

—116—

tratar aquella oscuridad. El examen que había hecho del estado de sus negocios le probaba, sin que la duda fuese posible, que si perdía sus derechos a la herencia de sus padres se vería cercado por tantas dificultades pecunarias, acosado por tantas reclamaciones por sus deudas, que los horrores de su situación serían mayores que los de la mendicidad.

Había oido a su hermana y perdió su cariño. Había dejado, pasó la ocasión de hacer públicamente renuncia voluntaria de la herencia paterna. Tenía razón en comparadecirse a sí misma. Los demás también le comparadecían.

Partió y Ginevra quedó en Grantley. La última carta que él le había escrito le había convencido de que estaba amenazado de algún gran infortunio, en el caso de que se supiera públicamente su matrimonio. No comprendía bien cuál pudiera ser este infortunio, pero después de muchas reflexiones, dudas y vacilación se decidió por él a observar por el pronto un silencio absoluto.

Esta resolución se confirmó con una carta que recibió del padre Francisco, que le manifestaba la esperanza de poder volver a Europa antes del tránscurso de un año, y tal vez visitar la Inglaterra al llegar de América. Esta noticia fue un gran consuelo para Ginevra, que siguió viviendo en la casa de su esposo inspirado en ánimos el interés más vivo y a otros una admiración entusiasta.

Un día de los primeros de mayo al ponerse el sol subió lentamente Margarita por el camino tortuoso, que por entre dos filas de árboles conducía

—117—

—Ab! Mis ideas se confunden. Creo que he hecho mal. Walter no me perdonará.

—Quién? El? Pero decide ya, que buscamos el modo de hacerle feliz; decide desde cuando ha sido tan desgraciado y de qué modo.

—Oh! Margarita, escalamó misterio Sidney con emoción creciente, os ha amado desde vuestra cuna, os ha adorado durante vuestra infancia; bendecía el suelo que pisabais y toda su vida no se ha ocupado más que de vos. He visto desde hace mucho tiempo que su corazón padecía y sufría cuando por primera vez una nube oscureció vuestra frente. «Todo lo puedo sufrir menos eso», dijo un día; y yo sé que dice lo que significa.

Un color mas encendido cubrió el rostro de Margarita al oír aludir a sus propias penas, aun tan recientes. La herida estaba curada, pero su recuerdo era vivo.

Una nube de tristeza asomó a su semblante. Sentía la necesidad de encontrarse sola para reflexionar. Tenía miedo de volver a ver a Walter sin saber por qué, pero su corazón palpitó con violencia al ver abrirse la puerta y que Walter entraba.

XIV.

Walter se sentó al lado de Margarita y empezó a hablarle de un modo tranquilo y alegre de su próxima partida, de su residencia en Londres y del cuidado que él tomaría durante su ausencia por todo lo que la interesaba en Grantley.

